

Aragon Fernando, quien por su matrimonio con Isabel reunió la España en un reino, y humillando á los señores, que con ayuda de Portugal, sostenian los derechos de Juana, dominó á aquella poblacion guerrera. Para reprimir las bandas armadas que talaban los campos fundó la *Santa Hermandad*, asociacion inmensa de ciudades y aldeas, que velando por la seguridad de los caminos (1476), levantaron para este efecto cuerpos asalariados á quienes no pudieron resistir los que se habian retirado á los castillos fuertes. De esta suerte tuvo á su disposicion un recurso rentístico y una fuerza de la cual pensó en servirse para purgar completamente de moros á España.

El reino de Granada era el único que sobrevivía de los antiguos estados moros. Comprendía ochenta pueblos, una infinidad de chozas, treinta ciudades, y entre ellas Granada, que contaba cuatrocientos mil moradores, Baeza ciento cincuenta mil, y á proporcion estaban pobladas Málaga y otras ciudades. Despues de la muerte de Mahomed II que habia llamado de Africa á los Merimidas, fué ocupado el trono por Mahomed III, quien llegó con trabajo á dominar á los granadinos rebeldes y á tenerlos á raya; el predominio de los cristianos no era ya dudoso, y no pudo impedir la toma de Gibraltar á Fernando IV de Castilla (1310); hasta tuvo que resignarse á cederle á Bedmar y á Quesada, y aun á pagarle un tributo. Al mismo tiempo se hallaba sitiada por Jaime de Aragon la ciudad de Algeciras. Sublevados los granadinos obligaron á Mahomed á abdicar en favor de Nasar su hermano, quien se encaminó á levantar el sitio de Algeciras. Pero inquietado por continuos levantamientos, fué depuesto por Ismael de Málaga (1313). Este nuevo rey, severo para sí propio como para los demas, desterró el uso de los licores fermentados y prohibió las controversias. Como oyera cierto dia á sus alfaquis disputar sobre puntos de religion, les dijo: *Lo que me importa saber es que yo debo depositar mi confianza en Dios, y he aquí mis argumentos*, añadió echando mano á su cimitarra. Atacado por los cristianos, que se habian adelantado hasta los muros de Granada, les puso en derrota (1319); pero al volver triunfante, fué asesinado.

Mahomed IV, su hijo, tuvo á raya á Grana-

da, siempre discoló é inconstante (1325); venció á los cristianos y recuperó á Gibraltar. Pero habiéndose puesto de acuerdo el rey de Castilla con los de Aragon y Portugal, atacó á Mahomed á consecuencia de las reiteradas instancias del papa, quien le suministró subsidios al efecto; vencióle y hasta le sujetó al pago de un tributo anual de doce mil escudos de oro. Entonces el musulman llamó en su socorro á los africanos, y habiendo acudido el rey de Fez, ocupó á Gibraltar en su propio nombre, y mandó asesinar á aquel que le habia llamado.

Bajo su hermano Yusuf, Abul-Hacen-Alí, nono, sultan Merinida, proclamó la guerra santa, manifestando intencion de exterminar á los cristianos. Se hizo á la vela con cuatrocientos mil hombres de á pié y con cuarenta mil caballos, á quienes conducian doscientas cincuenta naves escoltadas por setenta galeras; llevaba consigo á sus mujeres y á sus hijos, animándole el pensamiento de establecerse en España (1310). Granada estaba llena de alborozo, y los cristianos veian adelantarse sobre ellos aquella tempestad con espanto. Sin embargo, los tres reinos de Castilla, de Portugal y de Aragon se unieron para la comun defensa; Génova y Lisboa ofrecieron buques para aislar á los africanos de su patria. Al fin llegaron á las manos; perecieron en la batalla doscientos mil moros, y los vencedores hicieron gran número de prisioneros en la jornada que recibió el nombre del Salado. Herido el rey de Fez, habiendo perdido dos de sus hijos, sus tesoros y la mujer á quien preferia, huyó á Africa donde encontró á sus súbditos en rebeldía. Prosiguiendo sus ventajas puso asedio delante de Algeciras, que vió por espacio de dos años prodigios de valor, y adonde acudieron de todas partes denodados caballeros. Aunque los musulmanes hicieran allí uso de la artillería, desconocida aún por los cristianos, acabó por capitular la plaza. Gibraltar hubiera sucumbido igualmente, si la peste no se hubiera cebado en el ejército cristiano y no hubiera puesto término á la vida del rey Alfonso.

Yusuf intentó reanimar el islamismo con ayuda de prescripciones piadosas y de atraer la bendicion de Alá sobre Granada. Ordenó que se recitaran los versículos morales del Coran,

que se hicieran predicaciones en las mezquitas de las cuales debia encontrarse una en todas partes donde hubiera diez casas; que se colocaran allí los jóvenes detras de los ancianos y de los hombres casados, separando las mujeres de los hombres, á quienes fué prohibido salir hasta que ellas se hubiesen alejado. Al fin del ramazan se recomendó que en vez de dar conciertos, de pagar bailarinas y de correr las calles tirándose unos á otros aguas perfumadas, dátiles y granadas, se recogieran limosnas para socorrer á los pobres y á los presos y para la reparacion de los caminos y de las mezquitas. Ya no debian envolverse los cadáveres en paños de seda y oro, sino en un sudario de tela blanca, sin gemidos de plañideras. Tomó tambien excelentes medidas de policia, organizando rondas nocturnas para la conservacion del orden, y manteniendo la disciplina militar. Adornó las mezquitas, los palacios; y á su ejemplo construyeron los moros casas de madera de cedro pintado ó esculpido, asi como palacios de piedra de sillería con mosaicos y mármoles.

Habiendo sido asesinado Yusuf dentro de una mezquita (1351), tuvo por sucesor á Mahomed V, su hijo, quien fué destronado por su hermano Ismael, el cual cayó tambien en un motin mortalmente herido y fué reemplazado por Abou-Said (1361). Entre tanto Mahomed V que habia implorado el socorro del rey de Marruecos, volvió con dos ejércitos africanos y la asistencia del rey de Castilla; pero las rebeliones hicieron que fueran llamadas las tropas musulmanas y obligaron tambien al rey cristiano á alejarse. Abou-Said, que con la esperanza de granearse la voluntad del rey de Castilla, le habia salido al encuentro con gran comitiva, fué degollado por orden de don Pedro, quien codiciaba sus riquezas. Vuelto á ascender entonces al trono Mahomed V, hizo prosperar á Granada durante una larga paz. Al contrario, los reinados de Abou-Abdalla-Yusuf II, de Mahomed VI y de Yusuf III (1423), fueron agitados; pero este último, al conquistar á Gibraltar sobre los africanos, proporcionó un gran esplendor á Granada.

Empezó la decadencia con Muley-Mahomed VII, hijo de Yusuf, príncipe orgulloso y duro, aborrecido de los suyos, sin ser temido

por el enemigo. Habiéndose sublevado Granada, pudo escaparse con trabajo y ganó á Tunez. Su primo Mahomed-el-Zaquir se apoderó del poder halagando al pueblo con fiestas. Pero Tunez y Castilla se aliaron para restablecer á Mahomed, á quien disputó Ben-Alhamar en breve el trono. Apoyado este competidor por don Juan, rey de Castilla, le desposeyó de la corona; pero su muerte dejó á Mahomed volver á ascender al trono por la vez tercera.

Durante estas revoluciones se veian continuar en las fronteras las incursiones, acompañadas de los comunes estragos, del saqueo en las ciudades tomadas y perdidas sin llegar á una solucion definitiva. De continuo se renovaban las usurpaciones en Granada, cuya turbulencia revelaba la enfermedad mortal. Algunas aventuras novelescas se hacian notar apenas de vez en cuando en aquellas escaramuzas uniformes. Fernando Narvaez (1453), que habia llevado hasta debajo de los muros de Granada el espanto de los ejércitos cristianos, retornaba cierto dia despues de haber provocado vanamente á batalla, cuando descubrió un caballero moro, gallardo joven, ricamente armado y montado sobre un corcel brioso. Hecho prisionero se hizo reconocer por hijo del alcalde de Ronda. Asombrado Narvaez de verle llorar como á una mujer, le respondió: *No me aflijo de haber perdido la libertad. Amo hace ya mucho tiempo á la hija del alcalde de un pueblo inmediato, y soy correspondido. Esta noche me espera, y ¡ay de mí, será en vano!*

—*Tú eres un noble caballero*, dijo Narvaez, *y si me empeñas tu palabra te dejaré acudir á la cita.*

Dió su palabra el joven moro y se puso en camino; antes del alba se hallaba en los brazos de su amiga, que quiso á toda costa participar de su suerte. Cogió cuantas joyas tenía para pagar su rescate ó para subvenir á sus necesidades en el cautiverio, y fué en su compañía adonde se encontraba Narvaez, quien enterrecido de su amor, les restituyó su libertad. Fué referida la aventura en Granada, y hasta los enemigos de Narvaez celebraron su generosidad en romances que han conservado su memoria.

Ya no quedaba á los musulmanes más que el territorio situado entre el mar, las montañas



de Elvira y de las Alpujarras; estaba cubierto de una población estrechada, que de todas partes había acudido á refugiarse en aquel punto; pero este era un peligro más, bajo el aspecto del hambre, siendo á menudo destruidas las cosechas por los corredores enemigos. Sacaban los cristianos sus trigos de las comarcas del interior, á la par que los moros no podían recibirlas más que de Africa. Los primeros convergían por todos lados hácia Granada, dándose las manos en la guerra que hacían á aquel reino; los segundos, para trasladarse al territorio de los otros, debían dispersarse sobre puntos lejanos.

Agreguese á esto que los moros se hallaban continuamente agitados por insurrecciones interiores, que les agotaban en su estado de debilidad presente, á la par que por el matrimonio de Isabel y de Fernando, el león de Castilla, se abrigaba bajo las torres de Aragón, y la tarea proseguida por espacio de siete siglos podía ya ser coronada con el triunfo. Efectivamente, fué llevada á feliz remate por los Reyes Católicos, como los españoles llaman á Fernando y á Isabel.

Aboul-Hacen (1456) fué destinado á ver la agonía de la dominación de los moros. Hombre valiente y ganoso de gloria, aunque no le fuera posible, trastornado como se hallaba por continuas rebeliones y por intrigas de serrallo, aprovecharse de la debilidad y agitación que señaló el reinado de Enrique el Impotente, negó el tributo habitual, entró armado en Andalucía y sorprendió á Zahara. Pero por represalias se apoderaron los castellanos de Aihama, baluarte avanzado de Córdoba. Tres veces se esforzó Aboul-Hacen por recuperarlo, si bien no pudo conseguirlo. Sin embargo, conociendo Fernando la imposibilidad de conservar aquella plaza fuerte en el corazón de los estados enemigos, se hallaba dispuesto á cederla, cuando Isabel se opuso á ello, con el pensamiento de que sería de una importancia capital para la empresa proyectada.

Entre tanto la mala suerte de Aboul-Hacen subía de punto en Granada por el descontento que su rigor había ya excitado. Con efecto, había ejercido terribles venganzas contra la poderosa tribu de los Abencerrajes, á causa del amor que uno de ellos había obtenido de su

hermana; además, repudió á Aja, su esposa, para sustituirla con una esclava favorita. Acogieron los Abencerrajes á la reina repudiada, y proclamaron á su hijo bajo el nombre de Aboul-Abdalla-Zaquir. Quiso el joven príncipe señalar el principio de su reinado por alguna brillante proeza, y atacó á Gonzalo de Córdoba, quien se hizo posteriormente célebre bajo el nombre de Gran Capitán; pero fué derrotado y cayó prisionero.

Entonces prevaleció el partido de Aboul-Hacen y fué restablecido en la Alhambra; pero el rey Fernando, para alimentar la discordia, restituyó la libertad á Aboul-Abdalla-Zaquir, á quien abrazó llamándole su amigo; y los versátiles granadinos se declararon de nuevo por su causa. Sonrojados los visires de las condiciones á que había comprado la paz de los cristianos, resultó de aquí una batalla dentro de la ciudad misma, por último, alguno hizo presente que ni el viejo Hacen, ni el débil Abdalla, convenían para reinar en circunstancias tan difíciles, y se proclamó de comun acuerdo á Abdalla el Zagal, terror de las fronteras. Hacen quiso abdicar en favor de su hijo El Zaquir, pero éste lo rehusó para ir á pedir á Castilla socorros perjudiciales para los dos bandos,

En esta expedición sólo trataba Fernando de aumentar su poderío. Isabel, llena de generosidad, de sentimientos caballerescos, de religión, de entusiasmo, no pensaba en su propia ventaja, sino en librar á su patria de extranjeros y de infieles. Fué ayudada por los consejos de Jimenez de Cisneros, gran hombre de Estado y de Iglesia, héroe y político profundo, digno ministro de tal reina. En su deseo obstinado de salir victoriosa de aquella lucha, Isabel acompañaba á su esposo á la guerra, ocupándose de la disciplina y de las subsistencias. Gastó sumas considerables para proporcionarse un ejército bien equipado, y entonces fué cuando España vió por la vez primera tropas regulares en lugar de los ejércitos feudales. Fernando, á la cabeza de estas tropas bien organizadas, fingiendo ir en ayuda de su vasallo El Zaquir se apoderaba una á una de las ciudades, contra las cuales empleaba bombas ó granadas. Fueron tomadas Velez-Málaga, la misma Málaga luego; esta última plaza en manos de los cristianos cerraba el Mediterráneo

á los moros. Viendo El-Zagal la imposibilidad de resistir, y no queriendo por otra parte humillarse delante de su sobrino, cedió á Fernando las ciudades que poseía y se retiró á Africa. El-Zaquir había prometido á Fernando, si se apoderaba de las ciudades que habían quedado en poder de su tío, abandonarle á Granada. Fernando reclamó, pues, la entrega de esta ciudad; pero el príncipe moro, descubriendo el abismo abierto bajo su planta, respondió que había prometido más de lo que podía. Reunió á los generales y les excitó á la defensa de la religión y de la patria; los almirantes y los alfaquíes fueron de orden suya predicando por todas partes la concordia; y la resistencia parecía tomar durante algun tiempo un vigor nuevo.

Seis mil hombres selectos, tanto españoles como italianos, bajan á la llanura de Granada bajo el mando de los reyes Católicos, de ilustres caballeros, así como de los representantes de ciudades poderosas, y ponen sitio delante de la plaza. La vega, toda esmaltada de jardines y erizada de armas, se convierte en un tetro de combates, de aventuras amorosas, de magnificencia y de torneos. Los olivos, los granados, los morales, los viñedos han debido ceder el puesto á los pabellones, en medio de los cuales flota el estandarte de fondo de oro con el Cristo bordado; todos han jurado sobre aquel estandarte no salir de la vega antes de que haya sucumbido Granada. Era un formidable campamento y á la vez una brillante corte, habiendo seguido las damas á la reina. Los pabellones, las banderolas, las tiendas ofrecían allí un magnífico golpe de vista, y los jóvenes guerreros rivalizaban en lujo para distinguirse á los ojos de su dama.

Habiéndose prendido fuego por casualidad en el pabellón de la reina, que acampaba siempre cerca de su marido, se comunicó rápidamente á las tiendas vecinas. Lejos de desalentarse por aquel contratiempo, mandó construir barracas de madera y de piedra, lo cual dió nacimiento á la ciudad de Santa Fé. Allí vieron los musulmanes la prueba de que no se alejarían los cristianos sin haber llevado á feliz remate su empresa.

Buenas fortificaciones y el tenaz valor de los ciudadanos prolongaron el sitio durante más de seis meses; pero habiendo llegado á faltar

los víveres y á debilitarse el denuedo, la capitulación quedó resuelta. Se extipuló que los reyes, los generales, los visires, los chaiques del país, jurarian fidelidad al rey de Castilla en unión de todos los habitantes; que el rey de Granada recibiría posesiones, y sería pensionado en las Alpujarras; que los musulmanes conservarían libremente su culto, su creencia, sus usos, su lengua y su modo de vestirse; que serían regidos por alcaides elegidos entre ellos, en conformidad de las leyes nacionales; que no pagarían contribución alguna, á excepcion de aquellas á que estaban obligados respecto de sus reyes; que permanecerían exentos de tributo durante tres años; que serían consignados en rehenes quinientos jóvenes de las más ilustres familias; por último, que todos los que quisieran pasar á Africa con sus bienes muebles tendrían facultad para ejecutarlo.

En los primeros días del año 1492 hizo Fernando su entrada en la Alhambra, de donde salió Aboul-Abdalla-Zaquir, en medio de los sollozos de todos los suyos, para dirigirse hácia las Alpujarras.

Cuando llegó á la cumbre del monte Padul, que debía ocultarle en breve la vista de Granada, se detuvo para contemplar todavía una vez aquella ciudad, poco antes tan poderosa, á la sazón humillada y entregada á la servidumbre: ¡Dios omnipotente! exclamó vertiendo lágrimas. *Bien te cuadra, le dijo la sultana Zoraya, llorar como una mujer el reino que no has sabido defender como un hombre.*

Zaquir había ascendido al trono derrocando á su padre; se había mantenido envileciendo á su nación y envileciéndose á sí propio. ¿Era de creer que soportara la pérdida de su reino con nobleza? No sabiendo resignarse á vivir como súbdito en un país donde había reinado, vendió sus dominios á Fernando, y se fué á morir á Africa, donde sucumbió peleando por uno de sus deudos á quien disputaba el reino de Fez.

Así acabó en España la dominación árabe despues de haber durado setecientos ochenta años. Pero continuaremos la historia de esta nación, á la cual es imposible negar aquel interés que se junta siempre á un pueblo que perece.

Era imposible que aquel odio de los moros,



considerado durante ocho siglos como patriotismo por los españoles, dejase de estallar de nuevo cuando podía tener impunemente libre curso. Ahora bien, á despecho de las capitulaciones, se les prohibió ejercer públicamente su culto, y hasta se vedó toda manifestación exterior de sus creencias. Aquellos que se hicieron cristianos fueron favorecidos con detrimento de los otros, quienes se vieron amenazados con las persecuciones dirigidas por la Inquisición contra los judíos. En 1501 fué prohibida la entrada del reino á todos los moros; por último, los reyes cristianos se atuvieron á un partido decisivo, y ordenaron que todos los varones de más de catorce años, y todas las mujeres de más de doce recibieran el bautismo ó abandonaran la ciudad de Granada. ¿Cómo habian de poder resistir aquellos infelices inermes, cuando aún manaban sangre sus recientes heridas? Novecientos mil de ellos salieron del reino de Castilla con permiso para trasladarse á Africa, y se vieron obligados á dispersarse en el territorio del Gran Señor. Opusieron los señores de Aragon al destierro de los moros, porque en su sentir daría por producto la ruina de las manufacturas. Representaron los habitantes del reino de Valencia que la comarca quedaria despoblada, é hicieron pasar en sus Cortes una ley en que se establecía que no se obligaria á ningun moro á recibir el bautismo. Pero reducidos muchos de ellos á aceptarlo por motivos humanos, hacian una mezcla adúltera de prácticas cristianas y de supersticiones musulmanes, lo cual suministraba á la Inquisición un pretexto para perseguirlos, exasperando así los ánimos que hubiera convenido calmar.

Aquellos que se habian refugiado en las rocas de las Alpujarras, desde donde escarnecian á los misioneros y á los soldados, opusieron una resistencia vigorosa. Fernando tuvo que marchar contra ellos en persona con un ejército, y no se retiró hasta que se hubieron comprometido á pagarle cincuenta mil ducados de tributo. Pero seguian subsistiendo las causas de descontento; los moros no obedecian más que allí donde podía alcanzarles la espada del soldado. Fijos los ojos al otro lado del mar, esperaban siempre que por allí les vendria socorro, y no aguardaban más que este momento para volver á empuñar las armas.

Fué, pues, necesario que pensara Fernando en la destrucción de los berberiscos; en efecto, despues de gloriosas campañas, ocupó á Oran, á Mazalquivir, el Peñon, Melilla, Bugía, Tripoli; y de aquí resultó que los reyes de Tunez, de Tremecen y de Argel se reconocieron sus tributarios. Cada derrota sufrida por estos príncipes, sus correligionarios, era un golpe dado á las esperanzas de los moros de España; pero una institucion inspirada más bien por la política que por la fé, la Inquisición, se habia introducido en España, con el pensamiento de castigar á esto súbditos mal intencionados.

No habia echado raíces la herejía en España, y á escepcion de algunos místicos, se disputaba poco sobre la fé, que era considerada como unida á la independencia de la patria. Pero quedaba que extirpar de la viña de Cristo, los restos de los moros y de los judíos, que habian atraído á sus manos la industria y todas las riquezas del país (1477). Cuando la Sicilia se reunió á la España, Francisco Felipe de Barberis, inquisidor del primero de aquellos reinos, acudió á la península para pedir confirmación del derecho concedido por Federico II á los inquisidores, de separar una tercera parte de los bienes confiscados á los herejes. Exhortó, además, á los soberanos de Aragon y Castilla á establecer la Inquisición en sus estados, para purgarlos de los herejes y paganos mal convertidos, de quienes se contaban las más horribles infamias. Isabel, á pesar de su piedad como mujer, se opuso en un principio desde luego, pero se acabó por hacer prevalecer en su ánimo la idea del gran bien que resultaria á la Iglesia y á las almas de sus súbditos. Fernando concibió un medio de llenar las arcas del Estado, y á este efecto se dirigió al papa, que le permitió nombrar tres inquisidores, investidos con los mismos derechos y privilegios que en Sicilia. Dos dominicos instalaron, pues, su tribunal en San Paplo de Sevilla; y mientras que la reina permanecia en la creencia de que pondrian en práctica los medios de persuacion, empezaron á proceder con rigor extremado; hasta tal punto, que desde el día 2 de Enero, al 4 de Noviembre de 1481 enviaron á la hoguera á doscientos ochenta y nueve conversos en esta ciudad, y antes de acabar el año dos mil en las provincias de Cádiz y de Sevilla.

El padre Tomás de Torquemada, de Valladolid, fué investido con la presidencia de la *Suprema*, consejo real de la inquisición de Castilla y Aragon, cuyos miembros tenian voto deliberativo en todos los asuntos, y consultivo en los de derecho canónico. Sevilla, Córdoba, Jaen, Toledo tuvieron tribunales subalternos; y los inquisidores, asistidos de dos asesores y de consejeros reales, promulgaron un Código de procedimiento extremadamente severo. Cuéntase que Torquemada vió quemar en diez y ocho años (1481-1498), ocho mil ochocientas personas vivas, y seis mil quinientas en estátua ó muertas; que á noventa mil se les confiscaron sus bienes, y fueron excluidos de los empleos ó condenados á prision perpétua. Los cristianos nuevos hicieron oír sus quejas, que no fueron escuchadas; entonces conspiraron y dieron muerte á un inquisidor, asesinato que fué expiado con rios de sangre (1485). Las ciudades de Aragon opusieron una tenaz resistencia al establecimiento de la Inquisición, y sólo despues de varios años pudo Fernando forzarlas á sufrirla, y aún entonces no lo consiguió sino por la vía de la fuerza.

Desde este momento, la tiranía, siempre en aumento, tomó en España el velo de la religion. Opusieron los papas á esta política hipócrita, y Nicolás V prohibió toda diferencia entre los cristianos viejos y nuevos; Sixto IV, Inocencio VIII, Leon X, recibieron apelaciones contra las sentencias de los inquisidores, á los cuales recordaban la parábola del hijo pródigo. Paulo III alentó á los napolitanos á resistir á Carlos V, cuando quiso establecer entre ellos aquel tribunal de sangre. Pero quisiéramos que los pontífices hubiesen manifestado la firmeza de Gregorio VII y Alejandro III, contra asesinatos legales, tan contrarios al espíritu evangélico, á las decisiones de los Padres, y á la civilización de que Cristo ha sido promotor y jefe.

Diego Deza, sucesor de Torquemada, persuadió al rey el establecer también aquel tribunal en el reino de Granada, á despecho de los tratados, pero Isabel se negó á ello. Sólo consintió en que el de Córdoba persiguiese por apostasia á los moriscos, como se llamaba á los nuevos convertidos. Mejor inspirados por el arzobispo Jimenez, prometieron ambos soberanos rescatar á los esclavos moros que se

hubiesen bautizado y concederles la libertad; dispusieron que el padre moro administrase el bautismo á aquellos de sus hijos que se lo pidiesen. Por estos medios pronto se contaron cincuenta mil convertidos.

Aumentóse la intolerancia de los españoles con la prolongada ausencia de Carlos I (Carlos V), y los moriscos se quejaron al rey de las violencias ejercidas en sus conciencias. Mandó sus quejas al exámen de un tribunal de teólogos é inquisidores. Fué su decision que, una vez recibido el bautismo, de cualquier manera que fuera, debia respetarse su carácter y ejecutar estrictamente las obligaciones que imponia; que debian, pues, ó abandonar la España, ó mostrarse en todas sus acciones fieles cristianos. Despues, con objeto de llegar, por la destrucción de antiguas costumbres y la sustitución de otras nuevas, á desarraigar las opiniones y usos mamados con la leche, el arzobispo de Sevilla, inquisidor general, mandó que todos los moros renunciassen á su traje, idioma y costumbres nacionales; todo cristiano estaba obligado á velar por ello, y el tribunal de la Inquisición, instalado en Granada, encargado de castigar á los contraventores Carlos V, de quien todo se obtenia á peso de oro, dulcificó el rigor de este edicto, mediante ochenta mil ducados. Pero la semilla del odio, sembrada tan imprudentemente en estos ulcerados corazones, fermentó. Rechazando los moros á los prisioneros, ellos mismos proporcionaban un pretexto á nuevas persecuciones. En Valencia, los habitantes tomaron contra ellos las armas, y les dieron caza, no dejándoles otra elección que la muerte ó el bautismo. Espantados con la sublevación popular, las confiscaciones, los *autos de fé*, no se atrevian á quejarse, pero tasaban el freno con rabia.

A su muerte recomendó Carlos V á su hijo con eficacia sostener la santa Inquisición, y sus palabras no se perdieron para Felipe II, que trató siempre de cubrir con una apariéncia de política y justicia su natural severidad. Pretendióse entonces que los moros mantenian inteligencias con el dey de Argel, con las tribus de la Mauritania, con el Gran Señor, y mandáronse tropas á las Alpujarras á desarmarlos. El arzobispo de Granada excitaba al ardor de aquel falso celo, y un gran doctor de la universidad de Al-